

Tres libros significativos

ARZUBIALDE, S. G. *Theologia Spiritualis. El camino espiritual del seguimiento a Jesús*. Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, 1991, 265 pp., 24 × 16,5 cm.

Tenemos ante nosotros un nuevo proyecto de manual de Teología espiritual. El autor, profesor en la Universidad Pontificia Comillas, ha defendido recientemente su tesis doctoral con un profundo y extenso estudio, que pronto aparecerá publicado y que lleva por título: "Ejercicios de san Ignacio. Historia y análisis". Replantea, en el trabajo que vamos a comentar, la sistematización de la polémica asignatura de Espiritualidad. Digo polémica porque aún no se han puesto de acuerdo los especialistas en la determinación precisa de su campo y límites dentro de la Teología general o Dogmática. Nuestro autor tiene el propósito de llevar a cabo su proyecto en dos volúmenes. El que ahora nos ocupa es el primero, consta de once capítulos, a los que habría que añadir cuatro más, que por el momento no ha sido posible incorporar a causa de la premura impuesta por alumnos y profesores que deseaban ver impresos cuanto antes los folios que impartía en sus clases. El volumen siguiente versará sobre la experiencia pascual (muerte y resurrección).

Pasamos primeramente a resumir sucintamente este primer volumen. Digamos de entrada que el esquema de fondo que le preside no es otro que el de los ejercicios de san Ignacio. El Jesús histórico es el eje en torno al cual se enhebra y teje todo el pensamiento. En la Introducción se plantean los problemas clásicos, referentes al sentido de la espiritualidad, al sujeto de la misma y su relación con la Dogmática. En todas estas cues-

ciones se sigue muy de cerca al conocido teólogo Von Balthasar. Viene a continuación una lección muy importante: "la forma Christi", canon de toda espiritualidad. Queda así configurada ésta desde una dimensión y perspectiva esencialmente crísticas.

Fijado el punto de mira, se pasa a contemplar al hombre que es a quien va dirigida esa "forma Christi". Para ello se detiene a analizar su contextura antropológica y teológica. A esa luz va poniendo en claro algunas cuestiones capitales, como son las de la concupiscencia, el pecado, la libertad, la experiencia de perdón y la conversión. El autor mismo confiesa que en estos temas tiene presentes algunos estudios de reconocidos especialistas, figurando entre éstos de forma especial K. Rahner.

Siguiendo los pasos del hombre convertido, se analizan también algunos temas con los que éste necesariamente ha de encontrarse en seguida: la ascesis, la llamada de Dios, Jesús como respuesta a las esperanzas del ser humano, que anhela desde lo más íntimo de sí mismo la liberación o recuperación de la plena libertad; hecho que tiene lugar cuando se descubre "hijo de Dios" en Jesús. Finalmente, es objeto de reflexión el sujeto de la espiritualidad y el crecimiento desde el lenguaje de Dios.

Indudablemente, estamos ante un proyecto prometedor. Aunque no enteramente nuevo, encierra una gran originalidad y puede estar llamado a suscitar un animado diálogo en este campo, recuperando así Comillas en el sector de la Espiritualidad una tradición que ya detentó con brillo en el pasado.

Uno de sus grandes aciertos es, sin duda, el haber centrado la espiritualidad en Jesucristo, acentuando la dimensión histórica, aunque, como es obvio, todo viene contemplado desde el dinamismo de la resurrección y del Espíritu, pues sin esta luz no es posible configurar la historia de Jesús. De este modo se "recentra" la Espiritualidad, que no puede ser sino la iluminación del Espíritu sobre el camino (seguimiento) que hemos de recorrer para alcanzar la "forma Christi". En esta misma línea, me parece que otro gran acierto se halla en contemplar la experiencia desde la categoría de "hijo". Sólo en la medida

que el hombre haga suya la filiación de Jesús, habrá hecho propia por entero la revelación de Dios.

Quisiera, sin embargo, redondear mi presentación con algunas sugerencias. A la categoría de "hijo" debiera añadirse la de nupcialidad, intrínseca a la Biblia y a la tradición eclesial, que va desde Orígenes a Teresa de Lisieux. La nupcialidad no implica que el hombre se apropie por su fuerza a Dios y, consiguientemente deje en él una determinada sensación de autosuficiencia. Más bien es la experiencia inaudita de la nada elevada al todo, pero no de una vez y para siempre, sino como realidad que Dios graciosamente dona al hombre en cada momento, y en el que se sostiene en virtud de su gratuidad. En esta experiencia se consigue el último y más profundo grado de humildad. Así nos encontramos a un paso de las "etapas de la vida espiritual" que, aunque quizá hoy ya no es posible comprenderlas como se ha hecho hasta nuestros días, son historia, están ahí, muchos espirituales siguen entendiendo su existencia a esa luz, y los alumnos deben conocerlas.

Estas sugerencias son eso, sugerencias, que no empañan el brillante proyecto del profesor Arzubialde. Resta que nos ofrezca cuanto antes los cuatro capítulos pendientes y el volumen segundo.

Secundino Castro

Dios habla en la noche. Vida, palabra, ambiente de san Juan de la Cruz. Madrid, Editorial de Espiritualidad (EDE), 1990, 388 p., 21 × 29 cm.

Al hilo de la narración biográfica, se nos ofrece aquí una pequeña enciclopedia sanjuanista, con variedad de datos e información sobre aspectos que se refieren a su persona, su vida, su magisterio y escritos, y su ambiente histórico. Todo ello enriquecido con una amplísima documentación gráfica (fotográfica) a todo color, que ocupa entre el treinta y el cuarenta por ciento del espacio total de sus páginas.

El libro se abre con una amplia presentación general sobre lo que san Juan de la Cruz significa hoy. Lleva por título "San

Juan de la Cruz. Nueva imagen" (p. V-XI). Estas páginas van firmadas por Federico Ruiz, que es quien se ha responsabilizado de la dirección y coordinación de la presente obra. La introducción está dividida en los siguientes apartados: "El hombre..., fisonomía y carácter", "El místico..., poeta, escritor", "El maestro..., palabra viva".

Pero, como dijimos más arriba, el eje estructurador de todo el libro es la biografía que aquí se publica. Se debe a la colaboración de Federico Ruiz y José Vicente Rodríguez. La forman un total de doce capítulos. Para esta división se ha seguido un criterio fundamentalmente geográfico: Fontiveros, Medina, Salamanca, Duruelo-Alcalá, Avila, Toledo, Baeza, Granada, Viajes a Castilla, Viajes a Andalucía, Segovia, Ubeda. Al final de este último capítulo, el dedicado a Ubeda, donde murió Juan de la Cruz, se dedican unas páginas a lo que podríamos llamar la historia posterior: "Glorificación" (beatificación, canonización, doctorado) y "San Juan de la Cruz vive en la historia" (con las fechas más importantes del sanjuanismo a lo largo de los siglos, desde la muerte de Juan de la Cruz hasta nuestros días).

La narración biográfica va acompañada siempre, en cada capítulo, de otras muchas anotaciones sobre aspectos complementarios sobre los que se ha creído oportuno dar una información más amplia. Junto a esto, encontramos siempre, al final de cada capítulo, un apartado titulado "Tiempo, espacio, hombres", dedicado fundamentalmente a ofrecernos una ambientación histórica de tipo general. Esto es importante para evitar una visión atemporal de Juan de la Cruz.

También se reserva siempre, en todos los capítulos, un espacio para textos sanjuanistas, estratégica y pedagógicamente escogidos. Estos textos se recogen bajo el epígrafe "Escribe, fray Juan". Se pretende con ello que el lector guste, de alguna manera, una pequeña antología de sus escritos.

A partir del capítulo séptimo se añade una nueva sección en cada capítulo. Lleva por título "Maestro y escritor" y tiene como finalidad introducirnos progresivamente en lo que fue el magisterio oral y escrito sanjuanista. Así tenemos también aquí una pequeña, pero básica introducción a cada uno de sus escritos: cap. 7, "Escritos breves"; cap. 8, "Escritor en Grana-

da" (los grandes tratados); cap. 9, "Cántico y Llama"; cap. 10, "Subida del Monte Carmelo. Noche oscura"; cap. 11, "Las cartas". A esto hay que añadir una entrevista con san Juan de la Cruz titulada "La noche oscura". Entrevista supuesta, que encontramos en el capítulo sexto. Todas estas introducciones a los escritos se deben siempre también a Federico Ruiz.

Son tantos los aspectos de Juan de la Cruz y su mundo, que se presentan aquí, que se puede comprender que esta obra, tal cual es, se debe a una amplia colaboración. Además de los autores ya mencionados, hay que añadir otros especialistas: Tomás Alvarez, Teófanos Egido, Eulogio Pacho, Juan Bosco San Román, Lucinio Ruano, Matías del Niño Jesús, Fortunato Antolín, Balbino Velasco, Luis Ojeda, Silvano Giordano, Girolamo Salvatico, Guido Roascio. Al trabajo de los autores le corresponde una elegante presentación externa de la obra, editada en papel cuché.

José Damián Gaitán

VELASCO BAYÓN, Balbino, O. Carm., *Historia del Carmelo español. Vol. I. Desde los orígenes hasta finalizar el concilio de Trento, c. 1265-1563*. Prólogo del P. Miguel Battlori, S.J. Roma, Institutum Carmelitanum, 1990. VIII + 516 pp., 23,5-16,5 cm.

No ha tenido la Orden del Carmelo español excesiva fortuna historiográfica ni, cuando se ha pretendido trazar su historia, se ha hecho con rigor: tuvo la desventura de ser mirada, en vez de como la forjadora de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz, como la que no hizo más que poner dificultades, y trabajos últimos de los propios carmelitas, parciales, caen en el otro extremo, el apologetico al revés. La historia general que se ha traducido al castellano y escrita por el padre Smet no llena las necesidades de conocimiento para el espacio español. Por ello es de agradecer el que un historiador del talante de Balbino Velasco haya emprendido esta difícil tarea y, a mi juicio, la esté llevando a cabo de forma cumplida.

Este volumen, el primero de los proyectados, constituye un logro. Precedido por un prólogo ceñido y expresivo del padre M. Batllori, ofrece la visión histórica, crítica, de los orígenes de la Orden. Distingue perfectamente entre la leyenda y la realidad, y lo hace sin contemplaciones, dejando claro el nacimiento por la asociación de vida de los primeros "monjes" cruzados-eremitas, su Regla, la emigración a Occidente, las adaptaciones y las inadaptaciones con los sueños permanentes de soledad por parte de algunos (son hermosas las páginas dedicadas a la historia de la Regla, a la *Sagita ignea*, a la posterior e hispana *Institución de los primeros monjes*). Este apartado es una síntesis bien informada.

La investigación, pero la investigación directa, costosa, es la conductora del resto de los capítulos. Realmente es admirable el trabajo realizado, la multitud de datos extraídos de tantos archivos, de tantos documentos, con la paciencia y el buen hacer característicos de Balbino Velasco. Esta erudición se percibe en la parte dedicada a la penetración, tardía, de la Orden en la Península, a través de la Corona de Aragón, con predilecciones catalanas y protecciones de Jaime I y del resto de los reyes aragoneses. No hay concesiones para lo improbable, se deshacen orígenes infundados, se analizan con minucia documentos que habían sido leídos incorrectamente, para trazar los caminos fundacionales, que comienzan por Perpiñán hacia 1269, y se amplían con conventos aragoneses, valencianos, andaluces, castellanos (aquí con menos vigor), en ritmos rápidos, con crisis (generales por otra parte), hasta acabar el período con el de Valladolid (1560). Para cada una de las fundaciones se derrocha erudición, esfuerzo, no fáciles de valorar, pero visibles en tantas correcciones, en tantos matices como se introducen.

Lo mismo acontece con la parte en que se trata de reproducir el estilo de vida de los carmelitas, con sus ideales, su disciplina, los tiempos buenos y los decadentes (como aconteciera en todas las órdenes religiosas), las crisis, los intentos de reforma que, al menos en Castilla, no llegaron a institucionalizarse cuando Trento se celebraba y afrontaba este problema.

Se dedica amplio espacio a la cultura, vista en los estudios generales de la Orden, a través de los hombres ilustres en

letras, en los estudiantes. Esas páginas son útiles no sólo para los interesados en la historia de la Orden sino también para la historia general de la cultura en España. Entre estos centros se concede atención especial a dos tan relacionados con san Juan de la Cruz: Medina del Campo (1556) y Salamanca (hacia 1480). Son, ambos, capítulos con personalidad propia. Velasco es autor, por otra parte, de dos hermosos libros sobre el Colegio Mayor de San Andrés de Salamanca y de la infancia y juventud de Juan de Yepes; sus páginas sobre el de Medina constituyen una buena aportación al centenario de san Juan de la Cruz por los datos nuevos que se ofrecen acerca del sentido que infundió, o quiso infundir, el célebre padre Rengifo a esta fundación de Santa Ana, por las correcciones que a la hagiografía sanjuanista se hacen, porque transcribe las formas de vestición, de profesión, el año de noviciado del singular candidato.

El contacto con la sociedad, al margen de por otros caminos, se sigue a través de las cofradías afincadas en los respectivos conventos. Es un capítulo de actualidad historiográfica, y los datos aportados suponen una contribución estimable a la historia de estas asociaciones, básicas en aquellas sociedades. Las hay, naturalmente, del Carmen, pero también de otras advocaciones y de otras finalidades. Como advierte Batllori, siguiendo los datos de Velasco, todavía no aparecen ferros posteriores al escapulario.

También es algo que no suele atenderse en las historias tradicionales la base económica de órdenes y conventos que se espiritualizaban demasiado. El capítulo séptimo se dedica a las fuentes de financiación, que son las habituales, desde las donaciones, privilegios, fundaciones, inversiones en crédito censal, herencias, complejos como el del padre Rengifo, etc., aunque no todas las casas puedan seguirse con la precisión con que se ofrece la de Valencia. En relación con lo anterior, es estimable el estudio que se hace de los aspectos artísticos, arquitectónicos y escultóricos (no se olvide que iglesias carmelitanas fueron levantadas por arquitectos como Berenguer de Montagut, Abiell y albergaron retablos de Forment, y otros artistas célebres). El apéndice gráfico nos habla de las pervivencias de la arquitectura conservada (a veces sólo ruinas).

Por fin, la última parte se dedica a las monjas, que en la carmelitana no tuvieron la misma trayectoria que en las otras grandes órdenes mendicantes. Sus orígenes fueron los beaterios, aunque la tipología no se pueda simplificar. También en este capítulo la inexorable actitud crítica se impone.

Los documentos que se adjuntan pueden ser una muestra del talante de esta historia en la que predominan el rigor sin concesiones, un trabajo gigantesco bien perceptible a pesar de la modestia y sencillez de este investigador incesante, un sentido histórico inhabitual. Al decir esto queremos acentuar un enfoque y un espíritu que nada tienen que ver con los tonos apologéticos a que nos tienen acostumbrados otros trabajos que, por ello mismo, no pueden ni calificarse de históricos. Es una obra que se necesitaba; que ha sido bien hecha y que, por tanto, hay que agradecer y leer. Y que hace desear que la editorial, el Institutum Carmelitanum de Roma, no tarde en ofrecer hasta su final.

Teófanés Egido